

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA



SEVILLA, 1975

Precio: 150 Pesetas

Publicada por la
EXCMO. DIRECCION PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECCION ANTONIA HEREDIA HERRERA



HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

TRIMESTRAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTISTICA

Deposito Legal, 25-1928

Impreso en España en los Talleres de la Imprenta Provincial de Sevilla



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA.

ARCHIVO HISPANENSE

REVISTA

RESERVADOS LOS DERECHOS

Y ARTÍSTICA

Depósito Legal, SE-25-1958

Impreso en España, en los Talleres de la IMPRENTA PROVINCIAL. — SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL

2.^a ÉPOCA
AÑO 1975



TOMO LVIII
NÚM. 178

SEVILLA, 1975

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

1975

MAYO-AGOSTO

Número 178

DIRECTOR: ANTONIA HEREDIA HERRERA

SECRETARIO DE REDACCIÓN: JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

CONSEJO DE REDACCIÓN:

MARIANO BORRERO HORTAL. PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.

JESÚS ARELLANO CATALÁN.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.

ANTONIO MURO OREJÓN.

OCTAVIO GIL MUNILLA.

JOSÉ GUERRERO LOVILLO.

LUIS TORO BUIZA.

FRANCISCO MORALES PADRÓN.

SR. SECRETARIO Y SR. INTERVENTOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.

ADMINISTRADOR: CONCEPCIÓN ARRIBAS RODRÍGUEZ

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PLAZA DEL TRIUNFO, 1.

APARTADO DE CORREOS, 25. - TELÉFONO 223381. - SEVILLA (ESPAÑA)

S U M A R I O

ARTICULOS	<u>Páginas</u>
NAVARRO GARCÍA, Luis.— <i>Salvador Mañer, agente carlista en México y Sevilla</i>	1
GIL-BERMEJO GARCÍA, Juana.— <i>Los reales alcázares de Sevilla (Notas históricas sobre su organización económica)</i>	25
BANDA Y VARGAS, Antonio de la.— <i>El pintor Dióscoro Puebla en Cádiz</i>	49
PÉREZ EMBID, Florentino.— <i>El retablo mayor de Santa María de Aracena y otras obras de arte desaparecidas</i>	69
ALBERICH, José.— <i>Richard Ford o el hispanista hispanófobo</i>	103
MISCELANEA	
WAGNER, Klaus.— <i>Los impresores sevillanos Estacio y Simón Carpintero</i>	135
LIBROS	
Temas sevillanos en la prensa local (enero - abril 1975).	
REAL DÍAZ, Isabel	145
Crítica de libros.	
SORIA MEDINA, Enrique: <i>La Sociedad Económica de Amigos del País de Osuna</i> .—A. Domínguez Ortiz	155
PÉREZ EMBID, Florentino: <i>La Frontera entre los Reinos de Sevilla y Portugal</i> .—Alfonso Franco Silva	156
COLLANTES DE TERÁN Y DELORME, Francisco: <i>Inventario de los Papeles del Mayordomazgo de Sevilla</i> .—Alfonso Franco Silva	158
ALDEA, Q.; MARÍN, T.; VIVES, J.: <i>Diccionario de Historia Eclesiástica de España</i> .—José Manuel Cuenca Toribio	160
ANDRÉS GALLEGO, J.: <i>La política religiosa en España. 1889-1913</i> .—José Manuel Cuenca Toribio	160

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA Y SUMARIO

ARTÍCULOS

1	Navarro García, Luis.—Sitio de Mafes, agente catalista en México y Sevilla
25	Gil-Bermejo García, Juan.—Los reyes alcazares de Sevilla (Notas históricas sobre su organización económica)
49	Banda y Vargas, Antonio de.—El pintor Dióscoro Fidalgo en Cádiz
69	Pérez Embard, Florentino.—El teatro mayor de Santa Catalina de Antequera y otras obras de este desaparecidas
103	Alarcón José.—Richard Ford o el hispanista hispano

MISCELANEA

135	Wagner, Klaus.—Los impresores sevillanos Estación y Ramón Corripintero
-----	--

LIBROS

145	Temas sevillanos en la prensa local (enero - abril 1975). Real Díaz, Isabel
	Crítica de libros.
155	Soria Medina, Enrique.—La Sociedad Económica de Amigos del País de Orense.—A. Dominguez Ortiz
156	Pérez Embard, Florentino.—La frontera entre los Reinos de Sevilla y Portugal.—Alonso Franco Silva
158	Collantes de Terán y Delorme, Francisco.—Intento de los Papas del Mayordomazgo de Sevilla.—Alonso Franco Silva
160	Aldea, G.; Marín, T.; Vives, J.; Diccionario de Historia Estadística de España.—José Manuel Guerra Torto
160	Andrés Gallego, J.; La política religiosa en España, 1889-1913.—José Manuel Guerra Torto

RICHARD FORD O EL HISPANISTA HISPANÓFOBO

PERFIL BIOGRÁFICO.

Gracias a la grande aunque efímera reputación de que gozó Richard Ford en el mundo literario de su tiempo y país, poseemos sobre él más datos biográficos que sobre ningún otro viajero de lengua inglesa (1), con las dos notables excepciones de Borrow y Washington Irving. Ford, en efecto, aun antes de la publicación del *Handbook*, había adquirido, con sus artículos-resenas de la *Quarterly Review* (2), la fama de ser el hombre más versado en Inglaterra en cosas españolas. La aparición del *Handbook*, de fulminante éxito, difunde su prestigio entre el entonces grandísimo público lector de libros de viajes, de forma que no nos sorprende que, a su muerte en 1858, la lápida de su tumba en el cementerio de Heavitree llevase grabada la inscripción: "Rerum Hispaniae indagator acerrimus". Ford fue además muy conocido en su época como experto coleccionista de pinturas. Entre sus cuadros de la escuela española figuraban

(1) Este artículo es el texto de una conferencia pronunciada en la Universidad de Salamanca el 7 de noviembre de 1974. Sólo se han añadido las notas. Mi semblanza de Ford se basa casi enteramente en los datos suministrados por el propio Ford y por su editor en *The Letters of Richard Ford*, edited by Rowland E. Prothero, J. Murray, Londres 1905 (citado en adelante por *Letters*). Poco más añaden los siguientes autores: Brinsley Ford, en su introducción a R. FORD, *Gatherings from Spain*, Everyman's Library, Dent, Londres 1970 (en las citas *Gatherings*); el mismo, *Richard Ford en Sevilla*, Instituto Diego Velázquez del C.S.I.C., Madrid 1963 (en las citas *Sevilla*); Sir William STIRLING MAXWELL, "Biografía de R. F.", en R. FORD, *Granada: escritos con dibujos inéditos del autor*, trad. y notas de Alfonso Gámir, Patronato de la Alhambra, Granada 1955 (en las citas *Granada*); Ian ROBERTSON, en la introducción a R. FORD, *A Handbook for Travellers in Spain*, 3 vols., Centaur Press, Londres 1966 (en las citas *Handbook*, sin indicar volumen por tener paginación consecutiva en los tres), y Sir John BALFOUR en la nota preliminar a la misma obra; Denys SUTTON, "Don Ricardo: a witty Hispanophile", en *Richard Ford in Spain*, catálogo de la exposición de *fordiana* celebrada en las galerías Wildenstein de Londres del 5 de junio al 12 de julio de 1974 [Londres 1974] (en las citas *R. F. in Spain*); W. G. HOSKINS, "The finest travel-book in English", en *The Listener*, LX (1958), págs. 337-39; y Cecily RADFORD, "R. F. and his Handbook", en *Transactions of the Devonshire Association*, XC (1958), págs. 146-66.

(2) Para los artículos y reseñas de Ford, véase Brinsley FORD, "R. F.'s articles and reviews", en *Book Handbook* (1948), n.º 7, págs. 369-79.

algunas obras de Zurbarán, un Ribalta, y el retrato de Mariana de Austria pintado por Velázquez, comprado al canónigo Cepero, de Sevilla, quien a su vez lo había recibido de Fernando VII a cambio de dos lienzos de Zurbarán (3). Con su artículo de la *Penny Cyclopaedia*, nuestro autor contribuyó grandemente a que el público inglés aprendiese a justipreciar el arte de Velázquez, cuyo valor andaba hasta entonces muy oscurecido por la enorme popularidad de Murillo. En su viaje a España, Ford tomó gran cantidad de apuntes del natural (4) que luego sirvieron de base a los dibujos de Roberts, popularizadores de la España romántica por medio de los *Landscape Annuals* del editor Jennings, a las ilustraciones del *Childe Harold* de Byron y de las *Spanish Ballads* de Lockhart. Era, pues, una figura de brillo y peso en los círculos literarios y artísticos de la Inglaterra de mediados del siglo, y cuya abundantísima correspondencia, sólo publicada en muy pequeña parte (5), nos permite sin embargo delinear su perfil humano con mucha mayor precisión que el de otros viajeros nada desdeñables (pensemos en un Mackenzie o un Widdrington), pero infinitamente más oscuros (6).

Richard Ford nació en Londres en 1796; se educó en Winchester y en Trinity College (Oxford), donde estudió Derecho. Aunque se recibió de abogado en Lincoln's Inn en 1822, nunca ejerció la profesión, pues "no la necesitaba"; podía vivir de sus rentas confortablemente y aun con lujo. Antes de viajar por España había hecho excursiones a Francia e Italia e iniciado su colección de libros, cuadros y grabados. En 1824 se casó con Harriet Capel, mujer bellísima y de gran temperamento artis-

(3) La noticia procede de Prothero (*Letters*, pág. vii), pero según Brinsley Ford, en su catálogo de la exposición Wildenstein (*R. F. in Spain*, pág. 88), el retrato ni es de Velázquez ni fue comprado por Ford en España, sino en Londres. Se encuentra en la actualidad en el Ringling Museum de Sarasota.

(4) Algunos pueden verse reproducidos en los citados *Sevilla*, *Granada* y *R. F. in Spain*. Sobre Ford como dibujante, véase Brinsley Ford, "R. F. as a draughtsman", en *R. F. in Spain*, págs. 31-35.

(5) Las *Letters* editadas por Prothero son solamente una selección de cartas escritas por Richard Ford a Henry Unwin Addington. No incluyen las respuestas de éste, que al parecer se han perdido. Tengo noticia de que Brinsley Ford posee una abundante colección de cartas de su bisabuelo, que se acercan al millar, pero permanecen inéditas en su mayoría. Mi colega el Dr. R. Hitchcock, a quien debo valiosa ayuda bibliográfica sobre este tema, acaba de publicar algunas en R. FORD, *Letters to Gayangos*, Exeter Hispanic Texts, University of Exeter 1974.

(6) El oficial de la marina norteamericana Alexander SLIDELL MACKENZIE escribió dos obras deliciosas sobre España: *A Year in Spain*, 2 vols., Londres 1831, y *Spain Revisited*, 2 vols., Londres 1836. Y otro marino, esta vez inglés, el capitán Samuel E. COOK, que luego cambió el apellido a WIDDRINGTON, también dejó dos obras notables en este campo: *Sketches in Spain*, 2 vols., Londres 1834, y *Spain and the Spaniards in 1843*, 2 vols. Londres 1844.

tico, cuyos dibujos de la Alhambra resultaban mucho más profesionales y maduros que los de su polifacético esposo. Los Ford no van a la Península impulsados por ninguna curiosidad de raíces intelectuales, sino porque la delicada salud de Harriet exige invernar en un sitio templado. Así, en 1830, deciden pasar el invierno en Sevilla. Richard planea el viaje con cierta repugnancia, pues le molesta dejar la comodidad de su casa londinense y la compañía de sus muchas y distinguidas amistades, entre las que figuraban personajes tan ilustres como el duque de Wellington y el escritor Washington Irving. Sin embargo, de sus primeras cartas a su fiel amigo y corresponsal Henry Unwin Addington, por entonces ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña en Madrid, se deduce que ya sabía algo de español, y que también emprendía el viaje con ciertos recelos, por "la delicadeza de las circunstancias políticas" —escribe en nuestra lengua— ya que las tirantes relaciones entre fernandinos y apostólicos se exacerban con la inminencia del parto regio, que privaría a los futuros carlistas de toda esperanza de solución pacífica (7). A pesar de todo —como poco después escribiría Ford desde Sevilla— España ofrecía quizás más seguridad que la Inglaterra en vísperas del primer *Reform Bill*, donde las quemadas de cosechas y los disturbios campesinos llenaban de inauditos sobresaltos la vida de la aristocracia terrateniente (8). La ruta que siguió la familia Ford fue la marítima hasta Gibraltar, donde lo hospedó amabilísimamente el General Don, gobernador de la plaza, y de allí, también en barco, a Cádiz, ciudad que nuestro viajero encontró "encantadora, limpia y pulcra, con abundancia de muchas cosas buenas, gracias a la *libertad de comercio*" (recuérdese que Cádiz fue puerto franco de 1828 a 1832), aunque luego en el *Handbook* haría una pintura mucho menos halagüeña de la metrópolis atlántica (9). Al llegar a Sevilla, se alojan por una temporada en una casa del barrio de Santa Cruz que había pertenecido al estrafalario y acaudalado Hall Standish, autor de una malísima guía de la capital

(7) Mientras los Ford se dirigían a España, Mina y Valdés intentaban derrocar el absolutismo con su incursión de octubre de 1830, y al llegar aquellos a Sevilla ya había nacido la princesa Isabel (el 10 de octubre), a pesar de las plegarias de Richard porque el rey tuviese un hijo varón (*Letters*, págs. 2-3).

(8) *Letters*, págs. 17, 22 y 135. Sobre la situación político-social en Inglaterra véase G. M. TREVELYAN, *Illustrated English History*, IV, Pelican Books, Londres 1968, página 29 y sigs.

(9) *Handbook*, págs. 313 y sigs.

del Betis (10) y gran coleccionista de cuadros antiguos, legados a su muerte, por un capricho para mí incomprensible, al rey Luis Felipe de Francia. Su elección de Sevilla como lugar de residencia para su familia (ya que él viajaría ampliamente por toda la faz de la Península) se explica quizás no sólo por el suave clima invernal de que goza aquella sino también por la facilidad de refugiarse en Gibraltar si estallase la guerra civil, como revela el que rogase repetidamente a Addington que le tuviese al tanto de cualquier noticia alarmante. Por otra parte, Ford, como hombre muy bien relacionado, viajaba con buenas agarraderas; Wellington le había dado cartas de recomendación para don José O'Lawlor, militar de alta graduación y administrador del Soto de Roma, la finca granadina con que el gobierno español había recompensado al Duque, así como para el marqués de las Amarillas, ex-ministro de la guerra residente entonces en Sevilla. En esta última ciudad intimó pronto con el asistente Arjona, con el general Quesada, con el canónigo Cepero, es decir, con la mayor parte de las autoridades y personas influyentes, así como con muchos de los aristócratas locales, que le merecen burlas bastante despiadadas y mordaces en sus cartas a Addington. Ford se mofa de casi todas las costumbres, entonces muy idiosincráticas, de la buena sociedad sevillana: de las visitas de rigor, a horas para él extrañas, de las fórmulas de cortesía, y, sobre todo, del contraste que observaba entre la forma en que esta gente vestía y se conducía en público y la sobriedad y aun pobreza con que vivían en sus casas, ya que casi todos estaban arruinados por la guerra de la Independencia. A pesar de ello no parece, ni mucho menos, que nuestro exigente inglés se aburriese en Sevilla; incluso sus primeras epístolas a Addington ya nos hablan de cacerías en el Coto de Doñana con el general Girón o con el asistente Arjona, de un palco en el teatro, de bailes de máscaras, de flirteos con las bellezas andaluzas en la Plaza del Duque, de algún que otro intento de practicar el arte del toreo... Sabemos que le encantaban los festejos populares del Prado de San Sebastián o de las afueras de la Puerta de la Carne, los mercados, la feria de Mairena, los jaleos y cuchipandas de Triana, etc., etc. Si habla también de aburrimiento y de la insociabilidad de los sevillanos (¡tenía que ir Ford a Sevilla para encontrar a

(10) *Seville and its vicinity*, Londres 1840. Sobre sus compras de cuadros, véase *Letters*, págs. 8, 70 y 77.

sus habitantes insociables!) es porque éstos no daban cenas ni bailes en sus casas como la sociedad inglesa distinguida, o porque en las tertulias no había más que conversación y vasos de agua fresca, cosa que a él le parecía una grave infracción contra las leyes de la hospitalidad gastronómica. Es decir, que Ford criticaba a la sociedad hispalense por no vivir según las convenciones y el lujo de la inglesa, pero ¿le habría gustado realmente encontrar en Sevilla una copia de sus amistades londinenses? ¿No le habría privado eso del placer irónico con que comenta las para él rarezas y ridiculeces de una comunidad totalmente distinta en sus formas de vida? Además, de no haber sido así, Ford no habría podido darse el gusto de escribir que, a pesar de vivir como un "grande", estaba ahorrando la mitad de sus rentas...

Pero es justo añadir que la salud y la economía no eran sus únicas satisfacciones: había otras de orden estético-cultural. Para él, como para tantos otros viajeros, el mayor atractivo de la España fernandina residía en su marginalidad con relación al "progreso" europeo. A los dos meses de instalarse en Sevilla ya escribía, en efecto, lo siguiente: "Confío en que la civilización tarde mucho en llegar hasta aquí, pues éste es por ahora un pueblo original y muy peculiar, embotellado e intacto durante seis siglos. Gracias a Dios, los bandoleros y las malas carreteras se encargarán de retardar el progreso por algún tiempo" (11). En la mayor parte de sus cartas a Addington, Ford mantiene un tono ligero, bienhumorado y gracioso que luego es muy difícil de encontrar en sus escritos publicados. Acepta las cosas como son, encontrándolas divertidas o pintorescas, pues él es un mero espectador que se cartea con un amigo, sin obligación de moralizar ni de informar a un público de lectores. El valor de su epistolario con Addington no reside tanto en sus observaciones sobre la vida española de la época, mucho más escasas aquí que en el *Handbook* o en los *Gatherings*, como en sus comentarios, siempre sumamente interesantes, sobre sucesos políticos que él presencié o de los que tuvo noticias de primera mano. Las intentonas liberales contra Algeciras y Vejer en el año 31, el desembarco y fusilamiento de Torrijos, la ejecución de Mariana Pineda, los preparativos militares para intervenir en Portugal cuando la lucha entre miguelistas y dom-

(11) *Letters*, pág. 15. Las traducciones de citas de Ford son siempre mías.

pedristas (respecto a los cuales —todo hay que decirlo— Ford hace un poco de espionaje como soplón de Addington), la jura de Isabel como Princesa de Asturias, el curioso e improvisado entierro de Fernando VII, el perdón y reforma de José María el Tempranillo, al que conoció en Sevilla, etc., etc.; todo eso tiene en sus cartas una vividez fascinadora de historia al vivo, escrita además por un hombre muy bien relacionado en los círculos militares y diplomáticos de su tiempo. Y todo salpicado de un humor desenfadadísimo y penetrante, humor que compensa y corrige la solemnidad excesiva con que estos incidentes se narran en los libros de texto. Del ataque de Quesada contra los constitucionales de Vejer dice, por ejemplo, con mucho grajeo y probable veracidad: “Aquí [en Sevilla] estamos recibiendo floridos relatos de la *bizarria* [en español] y maravillosa bravura de las tropas, que resistieron a pie firme un encarnizado fuego, a consecuencia del cual se registraron las siguientes bajas: un muerto, dos heridos, un caballo también muerto y dos hombres con contusiones” (12). A veces esta sorna llega a un extremo increíblemente despiadado, como cuando comenta la ejecución de Robert Boyd, el compañero irlandés de Torrijos en su desventurada expedición última, y los esfuerzos del cónsul inglés en Málaga (13) para enterrar sus restos en el nuevo cementerio protestante. Perdóneseme que reproduzca la carta casi íntegra, pues se trata de un curioso documento psicológico:

“He recibido de Mark una magnífica *grandis Epistola*. Se ha vuelto loco con los sucesos de Málaga y el fusilamiento de Mr. Boyd, aunque creo que en el fondo se alegra tanto de haber encontrado un inquilino para su cementerio nuevo como se alegraría un cirujano joven con un cadáver que diseccionar. Este Mark siente sin duda atracción por el cuerpo de mi mujer, aunque no por su cuerpo en vida, sino que, como se ha enterado de su mala salud, ha intentado convencerme

(12) *Ibid.*, pág. 26. El subrayado de palabras españolas en las citas de Ford indica que aquéllas se encuentran en nuestra lengua en el original.

(13) Mr. William Mark, que fue el primero en conseguir de las autoridades españolas permiso para construir un cementerio donde se pudiese dar sepultura cristiana a los no católicos. Estos se enterraban antes en jardines particulares o incluso en la playa, costumbre que aprovecharía Ford para dar suelta a sus acostumbradas chanzas: “...pero incluso esta concesión ofendía a los ortodoxos pescadores, que temían que sus lenguados se contagiasen de herejía” (*Handbook*, pág. 532).

de que vayamos a Málaga para poder tener un bonito ejemplar femenino en su sepulcral museo. Trataré de conseguirte copia de una carta que circula por aquí, escrita a un amigo suyo por uno de los frailes del convento al que llevaron a las víctimas. En ella se dice que Mark apareció de uniforme, en un coche, a llevarse el cadáver de Mr. Boyd, y que le leyó unas oraciones. La epístola de Mark concluye con algunas palabras de consuelo para ti: "Ningún hombre de honor puede sentir más que repugnancia al vivir entre personas como las autoridades de aquí, y haré todo lo que esté de mi mano para abandonar el país lo más pronto que pueda". *Feliz viaje y vaya V. con Dios.*" (14).

En Sevilla, los Ford, cuya familia constaba del matrimonio, tres niños y dos sirvientas, se adaptaron lo mejor que pudieron al ambiente indígena. A veces alternaban con la sociedad local, otras, se encerraban en su casa para leer o dibujar. Del barrio de Santa Cruz se trasladaron en diciembre de 1831 al ostentoso pero incómodo palacio de los Monsalves, donde dieron un sonado baile muy criticado por las beatas, ya que iba contra el espíritu ascético que prevalecía entonces en Sevilla por la amenaza del cólera. En Sevilla les nació un hijo varón, que murió al año siguiente a consecuencia de una caída, y una niña en 1832. La salud de Harriet, siempre precaria, era una desesperación más para su marido, quien se queja a menudo de que los matasanos españoles no sabían hacer otra cosa que recetarle leche de burra y "dejarlo a la naturaleza". En 1831 y 1833 pasaron largas temporadas veraniegas en Granada, prefiriendo alojarse en la Alhambra misma a pesar de las incomodidades, y por consejo de Washington Irving. Desde Sevilla, y cuando el tiempo le parecía más propicio (generalmente en la primavera o el otoño), Richard emprendía largas caminatas a través de toda España hasta sus rincones más remotos, casi siempre a lomos de una jaca cordobesa de su propiedad, y acompañado por un único criado. Viajaba vestido de "majo serio" (el traje en que lo retrató a la acuarela José Bécquer (15), padre del poeta), con alforjas, manta y escopetas. A ese cabalgar lento

(14) *Letters*, págs. 74-75.

(15) Brinsley Ford (*R. F. in Spain*, pág. 75) lo atribuye a Joaquín Bécquer. El retrato viene reproducido en dicho catálogo.

y extenso debió su inigualada experiencia de los caminos, campos y mesones españoles, experiencia que cristalizaría luego en muchas páginas, vividas y magistrales, del *Handbook* y los *Gatherings*. En el primero de estos libros, Ford aconseja a los que se propongan viajar de esa forma que lleven consigo pocos y buenos libros (un *Quijote*, un Shakespeare de bolsillo y una Biblia), pero uno sospecha que él cargaba además con el *Viaje* de Antonio Ponz y con las guías artísticas de Ceán Bermúdez, gracias a lo cual pudo darnos después la increíble cantidad de noticias y detalles histórico-arqueológicos que todavía constituyen el principal mérito de su obra.

Como hemos indicado hace un momento, parece que Ford disfrutó a fondo de su estancia en España, que gozó intensamente de casi todo lo que veía y experimentaba, a pesar de las molestias físicas que él mismo se imponía y de las responsabilidades con que le cargaba su familia. En sus cartas a Addington —al menos en las publicadas— predomina un tono de divertido asombro, de curiosidad y buen humor. Probablemente, aunque ya en el otoño de 1831 piensa vagamente en escribir un libro que haga sombra al de H. D. Inglis, todavía no le asalta ninguna preocupación política, histórica ni literaria, es decir, todavía no se siente *hispanista* (16). Es aún demasiado pronto —ahora que tiene tanto que ver y que probar— para tomar a España “en serio”. Eso vendría después, en el ocio erudito de su retiro en Exeter, con la lectura de tanto librote como había comprado allí, y con el afán de rebatir a este o aquel hispanizante en su propia patria. Todavía no le aqueja, por ejemplo, esa obsesión que luego exhibe en una página tras otra de su voluminoso *Handbook* por negar la actuación militar española durante la guerra de la Independencia, si bien nos anuncia brevemente su posterior manía al llamar a esta campaña “de la dependencia” y al quejarse de que los oficiales destacados en Salamanca no se molestan en visitar el glorioso campo de los Arapiles, “por saber, supongo, lo poco que contribuyeron a la victoria” (17). Esta despreocupación se explica al descubrir

(16) Al redactar el *Handbook*, tuvo muy presentes las obras de otros viajeros, para parecerse lo menos posible a ellos, sobre todo a Inglis (autor de *Spain in 1830*, 2 vols., Londres 1831), a quien despreciaba injustamente, y a Cook-Widdrington (véase la nota 6), que le parecía soso, carente de gusto artístico y demasiado favorable a los españoles. Ver *Letters*, págs. 140, 141, 176 y sigs.

(17) *Letters*, pág. 92.

que aún no conocía la calumniosa historia de Napier (18) ("masterly work", según él), cuya lectura comenzó en Granada en el verano de 1833. Lo mismo se podría decir de sus demás fobias antihispánicas, casi todas de origen libresco e inspiradas por una morbosa hipersensibilidad a la rivalidad histórica de España e Inglaterra. Sin duda, la incompetencia y el atraso que observó de primera mano en la España fernandina le sirvieron luego para construir, con manifiesta falta de lógica y rigor históricos, sus teorías favoritas sobre el "carácter" español y la trayectoria político-cultural de España en el pasado.

En el otoño de 1833 los Ford emprendían desde Granada el largo viaje de retorno a su patria, esta vez por tierra, y a primeros de diciembre se encontraban por fin de vuelta en Londres. Con ellos desaparecía también la España de Fernando VII, cuyo entierro pudo presenciar Ford en Madrid, y comenzaba la larga era cristino-isabelina, con sus aires de progreso político y sus fuegos de reacción, con Mendizábal y la carlistada, entre tumbos de revoluciones y de agiotismo capitalista y liberal. Se trata de una pura coincidencia, pero de una coincidencia que tuvo sus repercusiones en la obra de nuestro viajero, pues éste, que además era *tory* a ultranza y nunca comprendió los mismos cambios políticos y sociales que estaban desplegándose en su propio país, entendía aún peor la transformación que estaba sufriendo España mientras él escribía su *Handbook* (19). Su España siguió siendo siempre la que él había vivido en los tres últimos años del reinado fernandino.

En ese mismo verano de 1833, Addington, su fiel amigo y corresponsal, era retirado de Madrid por el nuevo gobierno *whig* y sustituido por George Villiers. Las razones de Ford para volverse a Inglaterra son curiosas: le preocupaba la situación política, tan explosiva ya antes de la muerte del rey, la guerra de Portugal y el cólera, que hacía imposible su retorno a Sevilla. Pero había también motivos más personales, como él mismo nos indica: "Mi mujer está a menudo sola, pues no tiene amistades de su sexo, y mis hijos, en edad tan decisiva para su

(18) William F. P. NAPIER, *History of the War in the Peninsula*, 6 vols. Londres 1828-40.

(19) Al reprocharle Addington esta incomprensión, Ford le contestó: "Yo no soy tan carlista ni tan fanático como para creer que todas las reformas sean locuras, pero mis predilecciones anticuarias, artísticas y románticas me hacen lamentar que esos bárbaros destructores destruyan en una hora las obras de muchos siglos de gusto y magnificencia [se refiere a la desamortización eclesiástica]" (*Letters*, pág. 178).

crianza, se están haciendo paganos y españoles...; también es hora de que yo vuelva a vivir limpiamente, como un *gentleman*... y de que ahorre un poco de dinero para hacer frente a los malos tiempos que se ciernen sobre Inglaterra" (20). Ya de vuelta en Londres surge de nuevo la preocupación por la educación religiosa de sus hijos, a los que quiere poner en manos de su hermano James, eclesiástico anglicano establecido en Exeter y luego prebendado de su catedral, para que éste les borre los resabios de "mariolatría" que hubiesen podido adquirir en España. La presencia de este hermano clérigo en Exeter fue sin duda la razón de más peso para que Richard se decidiese en seguida a fijar su residencia en esta ciudad. La pobre Harriet, siempre enferma y quizás ahora enemistada con su marido (21), se quedó en Londres, donde murió cuatro años después, en mayo de 1837.

Exeter le deparaba también un retiro apropiado, por su alejamiento de la vida social londinense, para ahorrar y rehacer su fortuna. Es posible que a Ford le gustase su ambiente provinciano y rural, muy conservador y chapado a la antigua, que él caracteriza en español, con su acostumbrado gracejo, como "pueblo levítico de hidalguía y algo aficionado a la Iglesia y al Rey absoluto". Al refugiarse aquí, él no huía solamente de su pasado en el extranjero, sino de los peligrosos vientos de reforma política y social que soplaban con el reciente *Reform Bill*. Después de habitar algún tiempo una casa alquilada, compro en el verano de 1834 una hermosa finca de las cercanías, Heavitree House, que agrandó y embelleció constantemente hasta el fin de sus días. Puso especial cuidado en plantar un jardín que le recordase los de Sevilla y Granada, con arrayanes, macetas, fuentes y cipreses; se construyó un pabellón morisco, mudéjar o lo que fuese, donde se encerraba a escribir, y en cuyas paredes incrustó azulejos auténticos procedentes de la Alhambra. La cornisa de su cuarto de baño había adornado también uno de los edificios del alcázar nazari, la Casa Sánchez. Como buen gastrónomo que era, hacía que le enviasen regularmente un buen suministro de vino, chorizos y jamones de la Península, pues no se resignaba a dejar de paladear las

(20) *Letters*, pág. 126. Aunque la vida en España era mucho más barata que en Inglaterra, como observa Ford desde Sevilla, sus gustos suntuarios le hicieron gastar bastante en cuadros y joyas.

(21) Según W. G. Hoskins, *loc. cit.*, pág. 338.

golosinas que había degustado en España, a pesar de que ésta era, según él, el "país del hambre", y eso significaba el nombre de *Σταβία* que le habían dado los autores griegos desde tiempo inmemorial (22). En Heavitree House formó amorosamente su colección de libros y cuadros españoles, y se pasó la vida rumiando con extraña obsesión las filias y las fobias que le inspiraba sin cesar esta nación para él tan absurda y despreciable. Allí se casó dos veces más, desde allí hizo frecuentes escapadas a Londres u Oxford y dos viajes por Francia, Alemania e Italia, hasta que la Parca le obligó a salir, con los pies por delante, a reposar en el vecino camposanto el 31 de agosto de 1858.

LA GESTACIÓN DEL *Handbook*.

Las cartas a Addington —quien, como recordaremos, había vuelto a Inglaterra antes que Ford— siguen suministrándonos valiosas noticias sobre la composición de las obras de este último. Desde que se instala en Exeter, nuestro hispanista en ciernes se propone escribir un libro sobre España, pero no sabe todavía qué forma darle. Vacila entre hacer un simple relato de cosas vistas, ligero y ameno, o un tomo con pretensiones eruditas. Le parece, por un lado, que esto último es lo que exigen los tiempos, "ya que todo el mundo es ahora tan ilustrado y hasta las clases bajas parecen enciclopedias ambulantes", pero se encuentra demasiado ignorante para ello. Una misiva del 15 de marzo de 1834 revela curiosamente cómo se juzgaba Ford a sí mismo en su nuevo papel de hispanista: "Estoy fuerte —escribe— en religión (tú no sabías esto), en bellas artes, y en todo excepto literatura; pero tengo una biblioteca excelente de libros españoles, y en seis semanas podría escribir un ensayo que diese la impresión de que conozco a esos autores mucho mejor de lo que los conozco en realidad. En España he hojeado muchísimos libros, pero todos eran sobre cosas raras y poco apreciadas". Añade que no escribirá nada de política, pues "ni la entiende ni le gusta" (23). Aquí pone Ford el dedo en la llaga. Su erudición hispanística iba ya siendo considerable, y llegaría con el tiempo a ser colosal, pero marginal y mal digerida. Sabía muchísimo de historia local y menuda, de quién

(22) *Gatherings*, pág. 133.

(23) *Letters*, págs. 139-40.

fundó tal convento o de cómo saqueó aquella iglesia tal o cual general francés, pero ignoraba el sentido y las directrices fundamentales del pasado nacional. Devoraba en grandes cantidades absurdas vidas de santos, que utilizaba a conciencia para ridiculizar al catolicismo español, pero no había leído una sola página de teología, filosofía ni derecho, y creía que en las verdulerías del *De matrimonio* del P. Sánchez se cifraba toda la riqueza de nuestro pensamiento religioso (24). En Literatura, como él mismo confiesa sin sonrojo, era casi totalmente lego. Verdad es que está erudición de detalle, siempre utilizada con oportunidad e ingenio, constituye uno de los mayores encantos de su *opus magnum*, pero no es menos cierto que también le cegaba para distinguir lo esencial de lo accidental, y que de esta forma autorizaba, a los ojos de sus lectores ingleses, interpretaciones caprichosas y arbitrarias que ningún historiador serio habría aceptado nunca. En realidad, Ford empleaba su mucho y minucioso saber como munición de sus prejuicios, con lo cual su visión de España resulta en el fondo tan gratuita como la de tantos indoctos emborronadores de papel como visitaban entonces la Península.

El caso es que ya por entonces (1834) estaba pergeñando algo sobre España y que sometía su manuscrito a la crítica de Addington y de Sir Edmund Head, historiador de la pintura española al que había conocido en Granada (25). De la opinión de éste no sabemos gran cosa, pero las censuras de Addington sí resultan muy reveladoras, pues coinciden en lo esencial con las que podemos hacer hoy día de las obras posteriores y definitivas de Ford, es decir, del *Handbook* y de los *Gatherings from Spain*. Se conoce que, aunque nunca llegó a publicar ese primer bosquejo, sus ideas y forma de expresar éstas eran ya las mismas que hoy conocemos por sus libros. Por la siguiente respuesta de Ford podemos hacernos cargo de cómo pensaba Addington al respecto:

“Tu carta me ha quitado el resuello del cuerpo, la tinta de la pluma y la pluma de la mano... Yo nunca creí ser otra cosa que un amigo de los españoles. No los considero valientes, ni románticos, pero sí les con-

(24) *Handbook*, pág. 445.

(25) Head publicó después un *Handbook of the History of the Spanish and French Schools of Paintings*, Londres 1848.

cedo muchas cualidades super-excelentes, que sin duda debía haber alabado más. Censuras mi ingenio... No sé si tendré ingenio; lo que tengo es una manía invencible de ensartar palabras y más palabras, de forma que no sé escribir una vulgar carta, ni decir nada, sin caer en este vicio absurdo. Pero mi libro no sería mío si no estuviese lleno de estas cosas. Aborrezco la ligereza [flippancy], y como es lo que más temo, en ella estoy cayendo constantemente... Me gustaría que leyese a Faure o a Bory St. Vincent o algunas obras más antiguas: ya verías como tratan ellos a los españoles. Mi libro es miel sobre hojuelas comparado con el de Napier. Yo siempre te creí lleno de prejuicios *contra* los españoles, no a favor de ellos, ¡pobres inocentes!" (26).

Es decir, que —a pesar de las protestas de Ford, tal vez sinceras, sobre su amor a los españoles— su amigo veía en el manuscrito una hostilidad exagerada y calumniosa, así como una peligrosa tendencia a decir cosas injustas por el prurito de resultar ingenioso y agudo. Es posible que Ford amase mucho a nuestra patria, pero si era así... lo disimulaba admirablemente. Prothero y Hoskins (27) acusan a Addington de excesiva cautela diplomática, cuando, en realidad, no hay el menor indicio de que éste recomendase diplomacia ni tacto a su amigo íntimo. Lo que Addington veía en los escritos de Ford era —creo yo— lo mismo que vemos todos, es decir, una notable falta de ecuanimidad y un ensañamiento bastante irresponsable, y no es, pues, extraño que así se lo advirtiese lealmente, con gran sorpresa del otro. Ford creía sin duda que Addington padecía sus mismas e inexplicables fobias.

El proyecto de libro quedó, pues, abandonado. Ford, distraído con la reconstrucción y decoración de Heavitree House, no volvió a escribir nada hasta 1836, año en que comenzó en la *Quarterly Review* los artículos y reseñas que pronto le darían fama de experto en cosas hispánicas. Al año siguiente aparece anónimamente su primer librito, un panfleto (en todos los sentidos del término) muy corto, editado por John Murray. Se titula *An Historical Enquiry into the Unchangeable Character*

(26) *Letters*, págs. 142-43.

(27) *Ibid.*, pág. 142, y W. G. HOSKINS, *loc. cit.*, pág. 338.

of a War in Spain y pretende responder a otro folleto, inspirado por Palmerston (*The Policy of England towards Spain*, 1837), que defendía la actuación de la Legión Británica en la lucha contra el carlismo. En esta breve pero furibunda obrita, muy poco conocida, Ford explaya a mansalva sus simpatías por la causa de don Carlos y su odio a los liberales, demostrando (según él) con ejemplos históricos que las guerras en España son siempre iguales: ejércitos cobardes y sin provisiones ni fortificaciones; jefes incompetentes y venales; crueldad y brutalidad por todas partes, etc., etc., tras lo cual concluye que lo mejor que pueden hacer los ingleses es no mezclarse nunca en los asuntos de este desgraciado país. Aquí ya desarrolla su tesis favorita de que: "If we turn to the page of history... we shall be taught that at every period, and under every possible domination, the Spanish character has been sullied by the most fiendish, atrocious cruelty", y también exhibe su característica falta de lógica, pues a renglón seguido sostiene que los legionarios ingleses tratan a los prisioneros carlistas con la misma inhumanidad que los militares de Cristina (28). En lo único en que estas setenta y seis páginas no son típicas de su autor es en el estilo, solemne y campanudo, muy alejado de la agilidad e ironía con que escribe siempre.

En el verano de 1840 comenzó la preparación de su gran obra, el *Handbook for Travellers in Spain*, cuya redacción acababa de encargarle el editor Murray para que formase parte de la serie de guías turísticas que éste empezaba a lanzar a la sazón. Lo primero que hace Ford es pedir a Addington que le preste el *Diccionario geográfico* de Sebastián Miñano, y desesperarse al ver la imposibilidad de reducir tanta masa informativa a los estrechos límites de un manual en duodécimo. Por algún tiempo llama a su futura obra "the little book", y espera terminarla para febrero del año siguiente. Pero a Ford se le enredan las palabras como las cerezas, y no se resigna a dejarse en el tintero nada de lo mucho que sabe. El manuscrito aumenta de volumen de modo alarmante. Su autor trabaja como un forzado, se cansa, se aburre. En 1841 conoce a George Borrow y se toma un descanso para reseñar un libro de éste (*The Zincoli*) (29). Por fin, en febrero de 1843 anuncia

(28) *An Historical Enquiry...*, Londres, 1837, págs. 25-26.

(29) Sobre las relaciones entre Ford y Borrow, véase Jan READ, "My Dear Don Jorge...", en *History Today*, XXIV (1974), págs. 371-79.

a Addington que ha terminado el *Handbook*, aunque todavía le queda muchísimo que cortar. Pero lo peor es que la primera tirada del libro, impresa en 1844, mereció otra vez severísimas censuras de su asesor y amigo, por lo cual Ford tomó la penosa medida de retirar la edición, sacrificio que le costó quinientas libras de su bolsillo y el trabajo de volver a escribir cientos de páginas. Sería curioso ver un ejemplar de esa edición frustrada, cosa que no he podido hacer (30). Si después de "suavizado" a instancias de Addington contiene el *Handbook* tantísimas atrocidades, ¿qué no diría la redacción primitiva? Por otra parte, los cambios no debieron ser tan drásticos como pretenden Ford y sus panegiristas, ya que todo se hizo entre mediados de febrero y julio de 1845, muy poco tiempo para rehacer a fondo una obra de tal envergadura.

La primera edición pública del *Handbook* salió, pues, ese verano de 1845, con fulminante éxito. En tres meses se vendieron 1.389 ejemplares. Según Prothero, "las personas que conocían el país íntimamente, tales como Lord Clarendon [George Villiers, embajador en la corte de María Cristina], Prescott [que nunca estuvo en España], George Borrow y Washington Irving, lo elogiaron con unánime entusiasmo". Richard Ford hizo otras dos ediciones de esta obra: la segunda, en un volumen, considerablemente abreviada (1847), y la tercera, en dos tomos, más extensa y parecida a la primera (1855). Las ediciones posteriores, retocadas y puestas al día con poco talento por manos ajenas tras la muerte del autor, no pueden considerarse obra de éste; son simplemente continuaciones mostrencas de las guías Murray.

En 1846 aparecieron los *Gatherings from Spain*, obra de menos importancia pero mucho más legible que el grueso *Handbook* y más popular, no sólo en España, donde existe una bonita traducción del poeta Enrique de Mesa (31), sino también en Inglaterra, pues se la ha reeditado con cierta frecuencia en la colección de clásicos de Everyman's Library. Los *Gatherings*, escritos a vuelapluma, en dos meses, se basan en los ensayos introductorios del *Handbook* y sus artículos de revista, pero ampliados por una parte para constituir estampas independien-

(30) Según Ian Robertson (*Handbook*, pág. xv), sólo llegaron a imprimirse 768 páginas, y no han subsistido más que veintitantos ejemplares, por haber destruido Ford el resto.

(31) Con el título *Cosas de España*, 2 vols., Jiménez Fraud, Madrid 1922 y 1923. Que yo sepa, no existe traducción española del *Handbook*.

tes de la vida española (maneras de viajar, comidas, las posadas, vinos de Jerez, los bandoleros, la fiesta de toros, etc.), y aliviados por otro lado de muchas citas que su autor juzgó inútiles en un libro de esta naturaleza. Ford lo destinaba, sobre todo, a su público femenino, que le pedía algo más ligero y pintoresco que el macizo *Handbook*, por lo cual estaba dispuesto a complacerlo “quitando mucho lastre de erudición y arrojando por la borda sin escrúpulos a Estrabón y al mismo San Isidoro”. No obstante, ambas obras resultan sustancialmente idénticas en ideas y en estilo, si bien muy diferentes en forma y contenido. El mismo Ford, con sus mismas manías y genialidades, respira en ambas.

EL “HANDBOOK FOR TRAVELLERS IN SPAIN”.

El título completo de esta obra, que hizo la reputación literaria de Richard Ford, reza así: “A Handbook for Travellers in Spain and readers at home, describing the country and cities, the natives and their manners; the antiquities, religion, legends, fine arts, literature, sports and gastronomy; with notices on Spanish history”. Los títulos kilométricos eran frecuentes en esa época, hasta en los panfletos políticos de una o dos docenas de páginas, pero en este caso tenemos que habérmolas con un libro realmente monumental. La edición príncipe de 1845, en dos volúmenes en octavo menor, se extendía a un total de 1.074 páginas a doble columna y letra menudísima (que en las notas resultaba ya microscópica), mientras que la reimpresión de la Centaur Press ocupa 1.507. Sería palpablemente inexacto considerarlo un libro de viajes, ya que se trata, sin lugar a dudas, de una guía turística, aunque de mérito y proporciones excepcionales. Esto la coloca, sin más ni más, en una categoría especial. Ford no escribió un simple relato de sus andanzas en España, ni un diario, ni una colección de cartas. Aunque se basa en su experiencia de viajero y aunque rezuma la personalidad de su autor en cada línea, el *Handbook* tiene una arquitectura, una construcción, tan monumental como su tamaño. Además de un breve prefacio, el primer tomo de la edición Centaur Press está dedicado en sus tres cuartas partes a unos “Preliminary remarks” donde se describen la geografía y el clima de la Península, se dan consejos —utilísimos y detalladísimos— sobre las formas de viajar y de hospedarse, las comidas y bebidas, la

conducta que debe observar el turista en la ciudad y en el campo, los trajes que debe vestir, la manera de tratar a altos y bajos, etc., etc., lo cual constituye al mismo tiempo una rica mina de observaciones sobre el pueblo, su psicología, sus hábitos físicos y morales, es decir, sobre la vida entera del país. Sigue, comenzando por Andalucía, la descripción pormenorizada de España, región por región y en forma de itinerario, que coinciden aproximadamente con los viajes realizados por el autor en 1830-33. Pero antes de cada sección regional se nos coloca otra pequeña introducción parcial sobre las características de los habitantes, su historia e incluso largas digresiones acerca de algún que otro tema no estrictamente pertinente a la zona visitada. Toda la obra, en realidad, está entremechada con disquisiciones bastante caprichosas en su colocación, amén de muy subjetivas y a veces furiosamente arbitrarias.

Es esta naturaleza tan peculiar y mixta del *Handbook* lo que hace tan difícil juzgarlo equitativamente. Por una parte, su autor se propone que sea —y lo es— una obra informativa, un manual de consulta, como indica el título mismo. Por otra, su subjetivismo desahogado lo acerca demasiado al libro de impresiones, al ensayo de desahogo personal, lo cual hace al lector dudar a menudo de la “objetividad” que la obra debería tener por su estructura e intención declarada. Y todo ello tan densamente sazonado de una erudición tan apabullante y a veces farragosa, de referencias a Estrabón, Plinio, Mariana, Joinville, el P. Flórez o Perico el de los Palotes, que la dificultad de distinguir entre el dato fehaciente y la invención del erudito tramposo resulta casi insuperable. Haría falta, en efecto, todo un equipo de historiadores y filólogos para separar lo verdadero de lo falso en esta obra singular; lo cual, si bien constituye en sí un elogio merecido a la vastedad de los conocimientos de Ford, no dice en cambio mucho a favor de su imparcialidad ni de su claridad de juicio. Para el lector español, en especial, resulta penosísimo conservar la serenidad al ver que cada página contiene alguna pulla sangrienta contra su nación o su raza, las más veces sin venir a cuento y por el simple prurito de resultar ingenioso. A Ford le parecía sin duda poco patriótico alabar nada que no fuese inglés, por lo cual, cuando tenía que hacerlo, y como avergonzado, añadía alguna coletilla sarcástica que atemperase el elogio. Si rinde tributo, pongamos por caso, a la sabiduría y espíritu ilustrado del P. Feijóo, no será sin agregar, con manifiesta injusticia hacia una de las órdenes

religiosas más cultas de la cristiandad, que “los benedictinos españoles decayeron notablemente tras la muerte de este *helluo librorum*; ya no volvieron a estudiar más, pues como su Feijóo había escrito bastante para el resto de la humanidad y hasta el día del juicio, a los demás les bastaba con aprovecharse de la fama que él les había procurado con su excesiva laboriosidad” (32). Tenía, pues, razón sobrada al afirmar que su *Handbook* se había escrito *solely* para un público inglés (33). A los españoles estas gracias nos resultan de difícil digestión, a no ser que, como a algunos noventaiochistas devotos de Gautier, de Borrow y del mismo Ford, les satisfaga en sus complejos patriótico-masoquistas (34).

Pero reconozcamos primero su valor informativo, su calidad como guía del viajero en su tiempo o como fuente de datos en el nuestro para el historiador y para el simple lector curioso. En este sentido el *Handbook* es una obra prodigiosa. Nadie como Ford conocía la vastedad de España en sus más infrecuentados repliegues; nadie entre los extranjeros ni nadie entre los mismos españoles. Madoz compiló su *Diccionario geográfico* a base de cuestionarios y con la ayuda de innumerables corresponsales. Ford puso el pie en el noventa y nueve por ciento de los lugares que describe y su descripción es, por tanto —aunque ayudado por libros de consulta en la parte histórica y arqueológica—, de primera mano. Decir esto, simplemente, es ya tener que quitarse el sombrero ante la increíble tenacidad, curiosidad y resistencia física de este viajero excepcional. Como guía monumental y artística, su trabajo se apoya en los datos suministrados por Miñano, Villanueva, el P. Flórez, Ceán Bermúdez, Ponz (35) e innumerables autores de obras monográficas sobre

(32) *Handbook*, pág. 1.407.

(33) *Ibid.*, pág. 1.188.

(34) Azorín tenía en gran estima el *Handbook* de Ford (véase *Castilla*, Biblioteca Nueva, Madrid 1943, pág. 49, y *A voleo*, en *Obras Completas*, Aguilar, IX, págs. 1.176 y 1.224), aunque prefería la tercera edición (1855) por estar purgada de muchas arbitrariedades de la primera. Baroja tenía en su biblioteca de Vera del Bidasoa un ejemplar del *Handbook*, no recuerdo en qué edición; ni sabría decir tampoco hasta qué punto lo conocía, pues parece ser que el novelista vasco leía inglés con mucha dificultad (véase mi *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*, Madrid 1966, págs. 41 y 54).

(35) Sebastián MIÑANO, *Diccionario geográfico*, 10 vols., Madrid 1826-29; Juan LORENZO VILLANUEVA, *Viage literario a las iglesias de España*, 2 vols., Madrid 1803-04; P. Enrique FLÓREZ y otros, *España sagrada*, 45 vols., Madrid 1747-1850; y *Medallas de España*, 3 vols., Madrid 1757; J. A. CEÁN BERMÚDEZ, *Diccionario de las bellas artes*, 6 vols., Madrid 1800; *Noticia de los arquitectos y arquitectura*, 4 vols., Madrid 1829, y *Sumario de las antigüedades romanas en España*, Madrid 1832; Antonio PONZ, *Viaje de España*, 18 vols., Madrid 1786-94. Ford indica sus principales fuentes, con interesantes comentarios sobre ellas, en las págs. 201-15 del *Handbook*.

esta o aquella ciudad, pero en este respecto la labor de compilación y comprobación efectuada por "don Ricardo" es también colosal y digna de los máximos elogios. Se puede decir sin exageración que aún hoy día no existe mejor manual que el de Ford para el viajero culto que quiera recorrer nuestra patria en busca de los restos monumentales de un pasado glorioso. Ese viajero podrá quizás encontrar que le sobra información sobre edificios, calles o murallas que ya no existen, pero rara vez echará de menos noticias sobre lo que tiene ante sus ojos. Ford lo ha visto todo, se ha fijado en todo, hasta en una simple piedra empotrada en un muro con alguna borrosa e ilegible inscripción latina. Con razón alababa Azorín en él el haber llegado "en cuanto a minuciosidad, adonde no ha llegado nadie" (36).

Como empezó a escribir su libro en 1840, es decir, siete años después de haber salido de España, tuvo además que suplir con su imaginación, con los informes que le enviaban sus amigos de allí y con la ayuda de otras guías recientes lo que él no había podido ver en ese período de ausencia, período en que tuvieron lugar importantísimos cambios e innovaciones. En lo que se refiere a las artes plásticas, el cierre de conventos y la expropiación de fincas eclesiásticas habían modificado profundamente la faz del país. Algunos conventos se habían transformado en centros de enseñanza, en oficinas del estado o en museos provinciales; otros yacían abandonados, deteriorándose paulatinamente o expuestos al pillaje público; sus cuadros y esculturas se habían dispersado por casas particulares o habían ido a parar a los nuevos museos. Y es curioso observar cómo el incansable Ford trata de seguir con infinita minuciosidad todo ese trasiego de obras de arte, a fin de que su manual esté siempre al día. Por sus cartas sabemos que algunos buenos amigos le sirvieron de fieles informantes; entre ellos están don Pascual Gayangos, tal vez Mr. Mark, el cónsul inglés de Málaga, o su hijo, que le sucedió en el cargo; así como el capitán Cook-Widdrington, de vuelta entonces en España, y algún que otro canónigo aficionado a las antigüedades de Sevilla, Salamanca o Santiago, pues parece que nuestro viajero había entablado amistad con alguna persona de gustos eruditos en casi todas las regiones de la Península, a juzgar por la frecuencia con que alude veladamente en su *Handbook* a estos prohombres locales.

(36) Azorín, *Obras Completas*, IX, pág. 871.

Pero Ford no se contenta con proveerse de noticias frescas, sino que quiere dar la impresión de que él mismo ha visto las cosas en su nuevo sitio. Así, al hablar del nuevo museo de Sevilla, no sólo describe los cuadros que contiene, sino también su colocación, e incluso cómo les afecta la luz (37).

La información histórica acumulada por Ford sobre los sitios que visita es ingente. En cada villa, en cada ciudad se evoca la figura de los personajes vinculados a ellas: el Cid en Valencia, Carlos V en Yuste, Cisneros en Granada y Alcalá de Henares, Hernán Cortés en Medellín, los Pizarros en Trujillo, etc., etc., a más de un sinnúmero de figuras menores que no se encuentran a menudo en los libros de texto: el obispo que fundó este hospital, el bandolero que fue ahorcado en aquella encrucijada, el pueblo donde fusilaron a la madre de Cabrera... Y esto no lo hace nunca Ford de manera legendaria o romántica, sino con datos y comentarios precisos, tajantes, a veces mordaces, como si estuviese hablando de personas contemporáneas. Lo malo es... (siempre que se habla de Ford es inevitable hacerlo así, con una de cal y otra de arena) que esta galería de retratos históricos se convierte a menudo en una denigración sistemática de las grandes personalidades de nuestra historia. Para Ford sólo había habido en España dos héroes irreprochables: Isabel la Católica y el Gran Capitán. A todos los demás, aunque se les reconozca su grandeza o su talento, se les encuentra (o se les busca) un lado sórdido, mezquino o cruel. El Cid Campeador era un aventurero venal y pérfido, según los historiadores árabes, que son para él los únicos fidedignos, ya que los cristianos lo glorificaban demasiado (Ford es, como vemos, de una imparcialidad que admira) (38). Cisne-

(37) *Handbook*, págs. 398 y sigs. Otras veces, en cambio, esta información de segunda mano resulta insuficiente o errónea, e.g.: Ford, que nunca había entrado en la Cartuja de Jerez, por ser ésta de clausura rigurosa, ni mucho menos conocía el recién creado Museo de Cádiz, se apresura a escribir que los Zurbaranes de aquel convento "están ahora en el Louvre, pues los compró Luis Felipe; otros pocos, los desperdicios, están en el museo de Cádiz" (*Handbook*, pág. 354), con lo cual se ha pasado de listo, pues la galería gaditana contiene una espléndida colección de Zurbaranes, mucho mejor que la del museo francés. Se ve que su intención, una vez más, era dar a entender lo estúpidos que somos los españoles al dejarnos arrebatar nuestras mejoras obras de arte.

(38) Otro ejemplo de "imparcialidad": al atacar Cádiz el conde de Essex en 1596, "Antonio de Zúñiga, su corregidor, fue el primero en huir y caer de rodillas para rezar, ejemplo que siguieron todos sus subordinados... Se portaron como dignos antepasados de la moderna junta [?] de Cádiz en 1823; pero el tener dirigentes incapaces ha sido siempre la maldición del infeliz pueblo español... Los invasores recogieron un botín enorme... Sevilla quedó casi arruinada, y la bancarrota fue poco menos que total. Aquel fue el primer golpe que recibió España, ya en decadencia, y un golpe del que nunca se volvería a recuperar". Esta sarta de disparates es, para Ford, la versión correcta de los hechos. La que da Jerónimo de la Concepción en su *Emportio del orbe* (Amberes 1690) es, en cambio, poco fidedigna, por ser de un español (*Handbook*, págs. 315-16).

ros se había manchado en su oficio de inquisidor con la más repugnante crueldad, al tiempo que demostró, con la quema en Granada de innumerables manuscritos árabes, su barbarie y su incultura. Felipe II lloraba de miedo durante la batalla de San Quintín, mientras sus generales extranjeros le sacaban las castañas del fuego. Quesada, el noble ayo de don Juan de Austria, saqueó las habitaciones imperiales de Yuste a raíz de la muerte de Carlos V. Y así sucesivamente (39).

El *Handbook*, sin embargo, está lleno de noticias curiosas al margen de la gran historia y cuyo encanto reside en su localismo o en su rareza: ¿quién sabía, por ejemplo, que “el rey y el marqués de Astorga son canónigos hereditarios de la catedral de León, en la que tienen sus correspondientes asientos”? ¿Y que “Felipe III y el marqués asistieron al coro el 10 de febrero de 1602, percibiendo por ello el debido estipendio”? Más interesantes aún son las que provienen de fuentes orales contemporáneas, como la anécdota sobre el telégrafo que hizo instalar Fernando VII en Aranjuez, y con el cual envió su primer mensaje al Consejo de Castilla, informándole de que “una monja había dado a luz mellizos”; el Consejo replicó que “si hubiera sido un fraile la noticia hubiera sido mucho más importante”. Por sus relaciones sociales con personajes del momento, Ford oyó sin duda confidencias de gran interés: pongamos por caso la que le hizo el asistente de Sevilla sobre el dinero recaudado por él para mejorar la traída de aguas, y que fue incautado por el gobierno para combatir la invasión liberal de Navarra en octubre de 1830; o lo que le contó el duque de Gor sobre la fundación del Museo del Prado, debida a que Fernando quiso deshacerse de los cuadros antiguos de Palacio para empapelar sus habitaciones a la moda francesa (40). No cabe duda de que toda esta historia menuda, con el sabor de lo que se palpa y respira en la vida de la nación, constituye una de los mayores atractivos de esta ingente masa noticiosa que es el *Handbook*.

Se va haciendo ya inevitable juzgar a Ford como historia-

(39) Véanse otros errores o tergiversaciones que incluso un lego en historia como yo puede descubrir fácilmente, en *Handbook*, págs. 7 y 1.106; 255; 342; 660, 764 y 1.081; 372; 400-01 y 667; 470; 505-07; 525; 647; 698; 745-47; 785; 977; 1.060-01; 1.104; 1.166; 1.203-04; 1.222; 1.280-81; 1.361; 1.385; 1.401-02 y 1.481.

(40) *Handbook*, págs. 906, 1.271, 357 y 1.108-09 respectivamente. En esta última noticia se le había adelantado Cook-Widdrington (*Sketches in Spain*, I, pág. 166), cuyo relato aprovechó Ford (*Letters*, pág. 141), aunque éste había oído también algo por confidencias del citado duque de Gor.

dor, aunque sea *amateur*, ya que él mismo se ha propuesto y declarado en el título de su obra la intención de ilustrar a los que lo lean con "notices on Spanish history". Y es inevitable juzgarlo por su conocimiento, no de la historia "menuda" a que acabamos de aludir, sino de la historia *tout court*. Aunque en ninguna parte del *Handbook* se da una visión panorámica o resumida de la historia española, las ideas de su autor sobre este tema impregnan todas y cada una de sus páginas; son en realidad inseparables de su concepto de España como nación y como pueblo, se entretajan en la descripción de los lugares que visita, y en la de la vida española de su época. Es decir, en esta excepcional guía turística la historia y la geografía son dos dimensiones de una misma cosa.

Lo primero que nos llama la atención a este respecto —y no quiero hacer una paradoja— es que la visión que tiene Ford de la historia de España es curiosamente a-histórica. Se basa en el concepto de que existe una entidad llamada "carácter" español, en que esta entidad ha permanecido inalterada desde los tiempos más remotos de la prehistoria hasta nuestros días (o mejor dicho, los días de Ford), y seguirá inalterada e inalterable —suponemos— por los siglos de los siglos. A ese pueblo —de caracteres bien definidos ya entre los iberos— le han sucedido cosas y ha tenido altibajos según los azares de la fortuna, pero sigue siendo esencialmente el mismo en psicología, en hábitos y en maneras de pensar. A nadie se le oculta que este enfoque es corrientísimo en la historiografía del siglo XIX, y es precisamente el error de raíz que combate Américo Castro en la introducción de *España en su historia*, pero en Richard Ford llega a extremos verdaderamente ridículos y contradictorios. Nada más abrir el *Handbook* nos encontramos con la disparatada afirmación de que el término "España, tan cómodo para los geógrafos y políticos, parece inventado para engañar al viajero" (41); es decir, es una entelequia, hay tantas Españas como regiones, todas muy diferentes y sin ninguna comunidad en la forma de ser o vivir (a pesar de lo cual, claro, nuestro autor llama constantemente "cosas de España" a todo lo que merece su reproche). El habitante de este país incurablemente fragmentado siente afecto por su zona natal, pero no por la "patria", que es una palabra declamatoria y vacía. La causa de todo ello

(41) *Handbook*, pág. 5.

reside —¡cómo no!— en el tan cacareado “individualismo” de nuestro carácter, observado ya por Estrabón en los iberos y confirmado por cada episodio de nuestra historia, hasta llegar a la guerra de la Independencia, con la cual, al parecer, no se trataba de rechazar al invasor de la patria, sino de cada provincia, a juzgar por lo desavenidas que andaban unas con otras las famosas juntas de defensa (42). En la edad media, “los cristianos, fuesen condes, señores, duques o reyes (sheiks en realidad) rivalizaban unos con otros y, cuando no estaban en guerra con el moro, se peleaban entre ellos de forma auténticamente ibérica” (43) (por lo visto, la Inglaterra medieval era un modelo de armonía y unidad nacional). La creación y persistencia de un gran imperio se despacha en pocas líneas con estas desdeñosas palabras: “Los árabes importaron su sistema de tribus aisladas en este país, donde precisamente era menos probable que produjese un cambio beneficioso, pues los iberos jamás habían unido sus esfuerzos contra el enemigo común. Así no es extraño que el imperio levantado por Fernando, Isabel y Carlos V durase poco más que sus vidas, pues aquí, como en el Oriente, las naciones se aglomeran bajo la férula de algún que otro hombre poderoso e inteligente, pero, como faltan una legislación y política permanentes, todo depende de un individuo, y al morir éste se pierde el elemento aglutinante, el haz cae en pedazos y vuelve a reinar de nuevo el caos primitivo de pequeños territorios independientes” (44). ¿Puede imaginarse una visión de la historia española más patentemente absurda que ésta? Ese efímero imperio que según Ford duró lo que la vida de sus fundadores tuvo en realidad cerca de cuatro siglos de permanencia, es decir, bastante más que el británico. Esa unidad precaria sólo mantenida por la energía de algún que otro gobernante es, por el contrario, un sentido de la integridad nacional sin semejante en el resto de Europa, y más antiguo que el de ningún otro país del viejo continente, pues data de los mismos comienzos del siglo XVI, cuando eran precisamente los territorios al norte de los Pirineos los que podían recordar “el sistema de tribus aisladas” de los árabes. No es necesario añadir que Ford sabía de sobra todo esto, pero, al igual que otros viajeros influidos por una larga tradición de tópicos antiespañoles, se

(42) *Ibid.*, pág. 7.

(43) *Ibid.*, pág. 833.

(44) *Ibid.*, pág. 447.

aferraba a esos prejuicios sobre nuestra anarquía e individualismo en contra de la palpable verdad histórica. Es verdaderamente una lástima que un hombre tan erudito y bien informado como Ford cayese en tan groseros disparates casi siempre que intentaba generalizar sobre nuestra historia.

Otra cosa que tampoco asustaba a Ford era el contradecirse continuamente. Esos defectos nacionales que él hacía remontrarse ya a los antiguos iberos también los atribuía sin la menor vacilación a los romanos, a los cartagineses, a los moros, bereberes, egipcios, árabes o turcos. Así, Pompeyo, al matar a Perpena, se convierte en un ejemplo de la costumbre "ibérica" de aprovecharse de la traición y deshacerse del traidor (45); la *fides punica* es al mismo tiempo un vicio español, el de faltar a la palabra dada; la indolencia oriental también es una cosa típicamente española, etc. Es decir, que ese carácter "nacional" que él mismo se ha inventado llega a resultar más bien internacional, pero sin que el autor se dé cuenta ni por un momento de estar contradiciendo sus propias teorías. Lo interesante es que Ford, gracias a su sólida cultura clásica y bíblica, pone a menudo el dedo en la llaga cuando se refiere a ciertas semejanzas existentes entre todos esos pueblos mediterráneos. A él le gustaba repetir que España era una tierra "bottled up for antiquarians", y le sobraba razón al hacerlo. Anticipándose a los modernos antropólogos y folkloristas, Ford observa perspicazmente que las costumbres, danzas, trajes, comidas, vasijas o herramientas de los españoles de su tiempo, sobre todo en las regiones periféricas de la Península, se parecían sobremanera a los de los antiguos romanos, griegos y cartagineses descritos por Estrabón, Plinio o Tito Livio, e incluso a los hábitos patriarcales del antiguo testamento. La faja con que se aprietan los riñones arrieros y campesinos, el pañuelo atado a la cabeza, la forma de dormir en el suelo de los establos arropados en una manta, los bailes de asturianos o catalanes, los zaragüelles de los valencianos, las alpargatas, los botijos para el agua fresca, el gazpacho andaluz, y un sinfín de cosas más notadas por Ford en su larga experiencia en nuestros campos, caminos y posadas, se encuentran en efecto, de manera casi idéntica, en la más remota antigüedad de los países mediterráneos, desde Mauritania a Palestina. Y Ford, con su envidiable erudición en cuestiones de detalle, no deja nunca de apuntar certeramente dichos

(45) *Ibid.*, pág. 1.459.

(45) *Ibid.*, pág. 1.459.
 (46) *Ibid.*, pág. 1.459.
 (47) *Ibid.*, pág. 1.459.

parecidos. Lo malo, como siempre, es que no sabe deducir ninguna consecuencia lógica de sus observaciones y su sabiduría, o que las consecuencias que saca son casi siempre incorrectas. La pervivencia durante milenios de tales hábitos y utensilios no es —como él parece sugerir— una prueba más de la invariabilidad de ese supuesto carácter español (uno de cuyos rasgos consiste para Ford en el apego a las tradiciones y la consiguiente resistencia a toda innovación,) sino simplemente el resultado de una convivencia histórica con otros pueblos de la antigüedad y de una serie de factores socio-económicos que han permanecido inalterados durante siglos. Como en todas las zonas de la cuenca mediterránea de economía agrícola, con idénticos cultivos (trigo, vid, aceite), pastoreo tradicional y una estructura familiar y urbana unificada por el derecho romano, es posible que la vida del pastor o del labriego españoles no hubiese evolucionado gran cosa desde el siglo V hasta el reinado fernandino, pero ello no nos exime de tener que considerar también los muchos factores culturales e históricos que si han modificado profundamente la vida española en el decurso de quince siglos. Incluso se puede decir que la misma persistencia de esas formas de vida o trabajo anticuadas plantea un problema que sólo se puede resolver en función de la historia nacional. El que la trilla en las eras o el uso del arado romano hayan llegado hasta nuestros días es, en efecto, algo que sólo se puede explicar por el apartamiento de España de las corrientes mercantiles, fabriles y capitalistas operantes en Europa a partir del siglo XVII, es decir, por razones histórico-culturales, no raciales ni indigenistas. Pero Ford —claro está— no daba cabida en su embrollada cabeza a la más mínima sospecha de relativismo histórico. Hablaba a cada paso de nuestra decadencia, pero, para él, ésta se debía a lo que él creía nuestro salvajismo o primitivismo innatos. Le faltaba por completo esa percepción del fenómeno histórico que poseyeron hombres más antiguos que él, como su compatriota Gibbon, o como nuestro Antonio Ponz al escribir estas sabias palabras: “No es lo peor ser los últimos en ciertas determinaciones. Cuando unos duermen, suelen estar otros despiertos, y al contrario. Las ideas, las fortunas, las riquezas y el poder van alternando, y es mala política insultar a quien podrá insultar mañana” (46).

(46) Citado por G. RIBBANS, “Antonio Ponz y los viajeros extranjeros de su tiempo”, en *Revista Valenciana de Filología*, V, pág. 86

Como sucedía a casi todos los viajeros de esa época, lo que más fascinaba a Ford en la historia española era la influencia musulmana. Sin llegar a la torpeza con que otros extranjeros veían moros cristianizados por todas las esquinas y edificios arábigos donde no existían, Ford cargaba también demasiado la mano al aplicar el colorido oriental. A pesar de que su experiencia directa del "Oriente" se limitaba a unos cuantos días pasados en Tánger y Tetuán (47), cada página del *Handbook* contiene frases como "as in the East", "in Eastern fashion", "like the Moors", etc. Se podría decir, en términos generales, que uno de los mayores defectos de Ford es su prurito de exhibir erudición estableciendo semejanzas y relaciones entre unas culturas y otras, vengan o no a cuento. Sería estúpido negar que en España hay abundantísimas reminiscencias islámicas, tanto en lo físico como en lo cultural, y más de las que solemos reconocer los mismos españoles; sería también injusto regatear a Ford el mérito de haber detectado perspicazmente muchas de ellas, sobre todo teniendo en cuenta que los estudios hispanomusulmanes estaban aún en un estadio muy primitivo. Nuestro viajero tenía que basarse en su instinto y su imaginación más que en pruebas documentales sólidas, pero, si hubiera tenido, que no tenía, un mínimo sentido de autocrítica, se podría haber evitado el caer en las exageraciones más ridículas. ¿Quién lo va a tomar en serio, por ejemplo, cuando afirma que la costumbre de bautizar a los niños con nombres de santos proviene de los musulmanes, que ponen a sus hijos el apelativo de sus santones? (48) ¿Hace falta mucho sentido común para darse cuenta de que ésta es una práctica de toda la Cristiandad? ¿No se le ocurrió siquiera pensar por qué se llamaba él Richard? Otra cosa curiosa es que a veces se atreve a enmendar la plana a arabistas como Gayangos, a pesar de no saber él una palabra de árabe, según confesión propia (49).

(47) *Letters*, págs. 116-17.

(48) *Handbook*, pág. 224. Todavía mejor: la abundancia de nombres marianos en España proviene "del uso, tan extendido entre los antiguos egipcios, del nombre de Osiris" (*Ibid.*, pág. 253). ¡Atame esa mosca por el rabo! Ford, por supuesto, no sabía que los nombres de advocaciones de la Virgen no se generalizaron hasta el siglo XVII (véase R. MENÉNDEZ PIDAL, "Onomástica inspirada en el culto mariano", en *Cuadernos del Idioma*, I [1965], págs. 9-16), pero esto no le disculpa de haber dicho semejantes tonterías por el simple hecho de dárselas de sabihondo.

(49) Sobre la mano y la llave talladas en la Puerta de la Justicia de la Alhambra dice lo siguiente: "Gayangos cree que se trata de un símbolo de los cinco mandamientos principales del Islam... pero, en realidad [el subrayado es mío], es un talismán colocado sobre la puerta para alejar el temido mal de ojo" (*Handbook*, pág. 554). Ford confiesa su ignorancia del árabe en *Letters to Gayangos*, pág. 7.

Sin embargo, en lo que concierne a detalles históricos concretos, el *Handbook* está lleno de atisbos acertadísimos, y a veces se anticipa a los cacareados descubrimientos de Américo Castro, aunque mi escasa ciencia no llega a poder determinar si se trata de hallazgos originales de Ford o de ideas que éste ha tomado de otros autores. Ford sabe, por ejemplo, que muchas frases de cortesía españolas puramente formularias, como el ofrecer la casa o la comida, son de origen árabe; que las órdenes militares de Calatrava, Alcántara y Santiago se formaron a imitación de las "rápitas" musulmanas; que la expresión "hijo de Murcia" o de otra ciudad cualquiera es un calco lingüístico del árabe; e incluso sugiere una explicación del concepto de "cristiano viejo" más verosímil que la de Castro, a saber, que estas distinciones "proceden de los moros, los cuales llamaban a los godos que renegaron del cristianismo 'môsalimah', es decir, nuevos conversos al Islam, y los despreciaban tanto como los cristianos despreciaron después a los musulmanes que cambiaban de religión". Pero donde Ford demuestra mejor su intuición histórica es al trazar una curiosa teoría sobre la significación bélica de Santiago de Compostela. Hela aquí en sus líneas principales: los cristianos de Europa convirtieron a Jerusalén en un "santo lugar" a raíz de la invención de la cruz por Santa Elena en el año 298; imitándolos, Mahoma hizo de La Meca un lugar de peregrinación; los musulmanes españoles, privados de visitar La Meca por pertenecer a un califato rival del de Damasco, establecieron en Córdoba la Ceca, donde se veneraba el "zancarrón" de Mahoma; a su vez, los cristianos españoles, que no tomaron parte en las cruzadas de Oriente, se inventaron su propia Jerusalén en Compostela, con objeto de enardecer su entusiasmo guerrero en la lucha contra el infiel. Y luego la remata con una certera frase que podía haber escrito, casi literalmente, el mismo don Américo: "En tiempos de los godos, ni se mentaba a Santiago, ni se hablaba de su viaje a España ni se le consideraba patrono, y todo porque, como no había moros que expulsar, no se le necesitaba" (50). Me parece que, por una vez, nuestro autor no ha podido estar más acertado en su análisis de las raíces históricas de una leyenda religiosa.

Sobre la España de los Austrias, en cambio, Ford no parece tener opiniones muy originales, y se limita en general a repetir

(50) *Handbook*, págs. 48, 816, 7, 863 y 986-88 respectivamente.

los conceptos divulgados por la historiografía de lengua inglesa, es decir, por autores como Robertson, Watson, Washington Irving y Prescott. Del siglo XVIII, ni sabe gran cosa ni le interesa, y sobre la guerra de la Independencia y el papel de los españoles en ella dice tales horrores que mejor es no tener espacio para comentarlos. De la España fernandina, la que realmente conoció y vivió Richard Ford, uno entresaca, leyendo acá y allá en el *Handbook*, así como en la mayor parte de los *Gatherings*, una estampa admirable, vivida de color y movimiento. Pero la España que sigue tras la muerte de Fernando y tras la marcha de Richard y Harriet es para nuestro autor, lo mismo que la España histórica, un enigma indescifrable. Ford defiende a los carlistas, no porque sea un reaccionario consciente, sino porque no entiende a los liberales ni sus aspiraciones, porque no toma en serio a España ni cree que en ella sea posible el cambio. Todo lo que sucede, políticamente hablando, entre 1833 y 1845, fecha en que se publica el *Handbook*, está tergiversado en sus páginas por la aversión que Ford profesaba a los políticos liberales, incluso a algunos tan moderados como Martínez de la Rosa; lo cual, a su vez, se debía a su escepticismo total en materia de reforma o mejoramiento político. La visión que Ford tenía de España se caracterizaba por un cinismo no totalmente carente de fundamento en la realidad económico-social del país: esa nación de pastores y labradores no iba a cambiar de la noche a la mañana porque se lanzasen al aire ciertos slogans políticos o porque se pegasen unos cuantos tiros en las barricadas de Madrid. Pero Ford iba más allá en su negativismo, hasta el punto de no creer tampoco en la posibilidad del cambio económico. Cuando redacta su libro le llegan noticias de que se están formando nuevas sociedades mineras, de que están en marcha los proyectos de construcción de líneas férreas, etc., etc. No importa; a él no le engatusaba nadie con esas quimeras que nunca serían realidades. Los ferrocarriles jamás llegarían a construirse, pues eran obras de una envergadura inaccesible a los pobrísimos recursos técnicos de los españoles; y, aunque se construyesen, no durarían mucho, pues los arrieros, viendo su negocio destruido por estos inesperados rivales, sabotearían las vías hasta parar el tráfico (51). Es decir, que el *carácter* español, desidioso, rutinario, suspicaz ante toda

(51) *Ibid.*, pág. 1.189.

innovación, haría imposible el progreso económico y político. Este inmovilismo, basado también en el mito del carácter nacional, subyace casi todo lo que Ford escribe de España. Esta es una tierra "bottled up for antiquarians", y está bien que sea así. Una de sus más bellas escenas es la descripción de una trilla en unas eras (52), un espectáculo de belleza rústica y milenaria. Por una parte, el atraso material de los españoles le merece frecuentes sarcasmos; por otra, la menor sospecha de modernización le parece un sacrilegio: el primer deber de los españoles consiste en seguir siendo pintorescos y primitivos, para que los turistas como él puedan seguir disfrutando del color local y burlándose con ingenio de su retraso.

Como indicamos al principio, el *Handbook* fue un gran éxito editorial y literario. Es posible que contribuyese —y de ello se jactaba su autor— a atraer turistas y libras esterlinas hacia nuestras fronteras; pero también contribuyó, estoy seguro, a reforzar los muchos y colosales prejuicios con que la Inglaterra victoriana miraba a nuestra patria. La fama literaria de Ford, la innegable erudición de este experto en cosas españolas, tuvo que sancionar y autorizar, en las mentes de muchos de sus lectores, esa idea entre truculenta y despectiva que ellos ya tendrían de España. En sus cartas a Gayangos, Ford insiste una y otra vez en que él amaba y admiraba a los españoles y no quería más que su prosperidad y felicidad: señal de que no tenía la conciencia muy tranquila, o de que este amor no resultaba muy patente en las páginas de su obra. Así era el que don Gregorio Marañón llamaba "el más admirable viajero de cuantos han pasado por nuestro país" (53).

José ALBERICH

Universidad de Exeter, Inglaterra.

(52) *Gatherings*, pág. 128 y sigs.

(53) *Las ideas biológicas del P. Feijóo*, Madrid 1941, pág. 23.

innovación haría imposible el progreso económico y político. Este innovismo, pasado también en el mito del carácter nacional, aparece casi todo lo que Ford escribe de España. Esta es una letra "bottled up for Americans", y está bien que sea así. Una de sus más bellas escenas es la descripción de una trilla en unas gran (52). Un aspecto de belleza rústica y milenaria. Por una parte, el tirado material de los españoles le interesa frecuentemente sacarnos; por otra, la menor sospecha de modernización le parece un sacrilegio; el primer deber de los españoles consiste en seguir siendo pintorescos y primitivos para que los turistas como él puedan seguir disfrutando del color local y disfrutando con ingenio de su retraso.

Como indicamos al principio el *Handbook* fue un gran éxito editorial y literario. Es posible que contribuyese — y de ello se jacta su autor — a atraer turistas y otras estirpes hacia nuestras fronteras; pero también contribuyó, estoy seguro, a reformar los hábitos y costumbres preñados con que la Inglaterra victoriana miraba a nuestra patria. La fama literaria de Ford, la innegable erudición de este experto en cosas españolas, tuvo que sancionar y autorizar, en las mentes de muchos de sus lectores esa idea entre frecuentes y despectivos que ellos venían de España. En sus cartas a Gaynesford Ford insiste una y otra vez en que el cambio y admisión a los españoles y no que sea su prosperidad y felicidad; señal de que no tenía la conciencia muy tranquila o de que este amor no resultaba muy patente en las páginas de su obra. Así era el que don Gregorio Marañón llamaba "el más admirable viajero de cuantos han pasado por nuestro país" (53).

En sus cartas a Gaynesford Ford insiste una y otra vez en que el cambio y admisión a los españoles y no que sea su prosperidad y felicidad; señal de que no tenía la conciencia muy tranquila o de que este amor no resultaba muy patente en las páginas de su obra. Así era el que don Gregorio Marañón llamaba "el más admirable viajero de cuantos han pasado por nuestro país" (53).

(52) *Confessions*, pag. 158 y sigs.
 (53) *Las ideas políticas del P. Ferrer*, Madrid 1901, pag. 23.